

¿Cómo eran las madres de Picasso, Toulouse-Lautrec, Van Gogh y Rembrandt? ¿Sirvieron de inspiración a sus geniales hijos? ¿Les apoyaron en sus carreras? Un libro de reciente aparición recopila los retratos maternos de 40 de los más importantes nombres de la historia del arte.

Texto de **Eva Millet**

Madres inmortalizadas

The background of the page is a dark, textured painting. It features a large, dark, textured area on the left and center, possibly representing a figure or a scene. In the upper right corner, there is a small, framed picture with a yellowish background and dark, indistinct shapes, possibly a landscape or a scene. The overall mood is somber and artistic.



McNeill Whistler

Anna Mathilda Whistler, madre de James McNeill Whistler (1834-1903). Pintado en 1871 es uno de los retratos de madres de artistas más famosos y fue fruto del azar: la modelo que Whistler esperaba no se presentó y el pintor sugirió a su madre que la sustituyera. Ella prefirió sentarse para posar.



EL LIBRO

40 Grandes artistas retratan a sus madres.

Autor Juliet Heslewood.

Editorial Blume
www.blume.net

Rembrandt

Neeltje Willllemsdr. Rembrandt, 1626. Se considera que la mujer en esta pintura religiosa es la madre del genial holandés, que utilizó este mismo rostro en otras de sus obras.



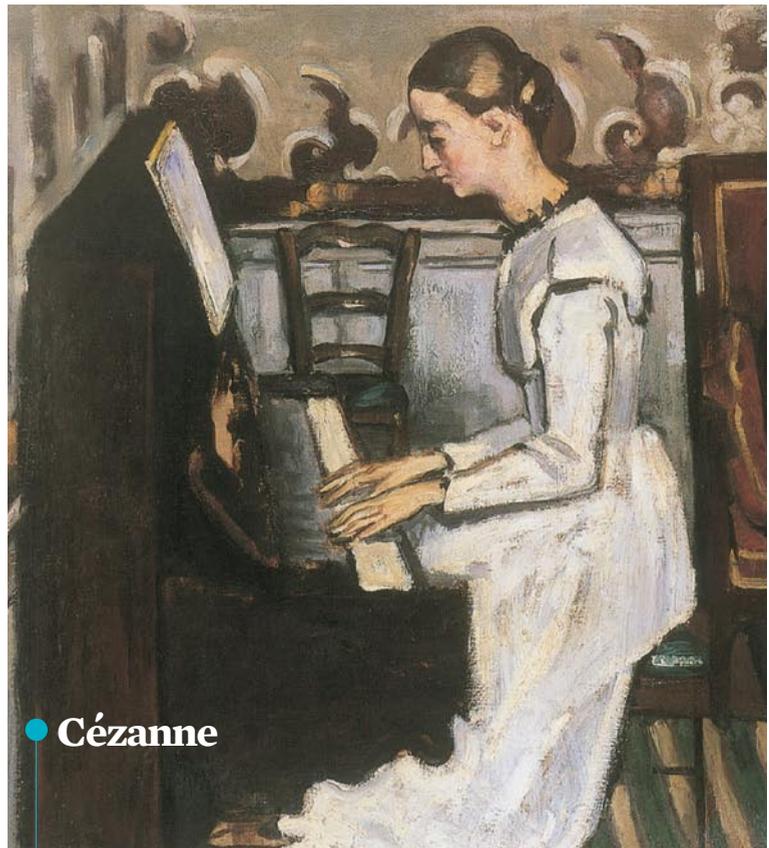
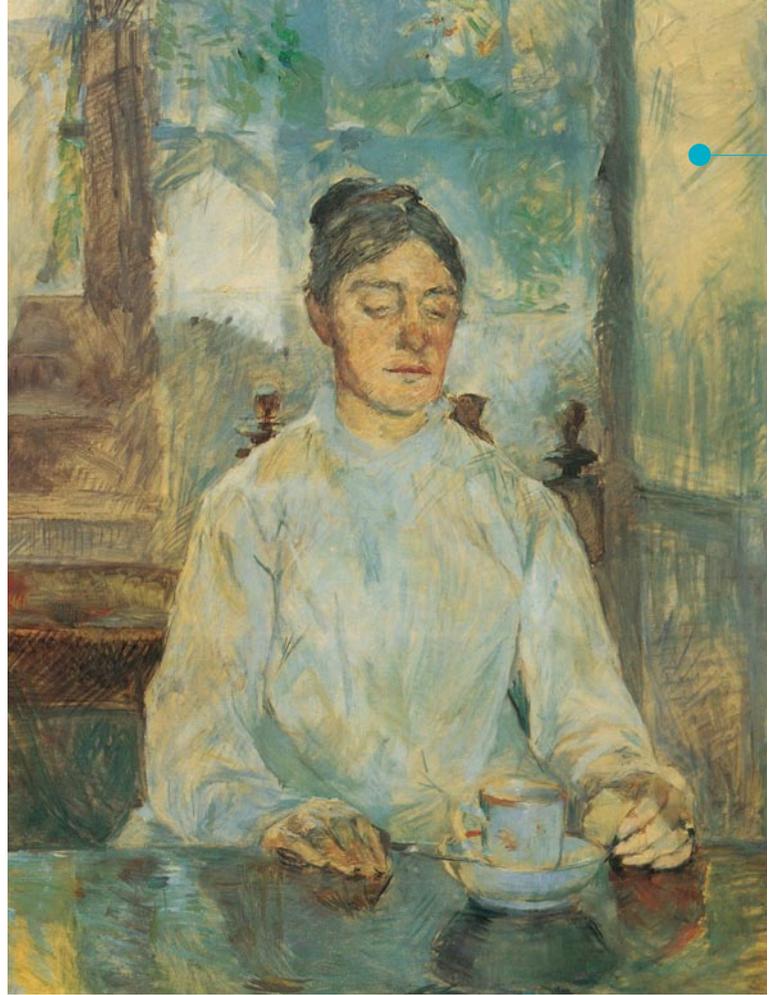
Los condes de Toulouse-Lautrec, como los del pintor francés, eran primos hermanos. Esta endogamia fue una de las causas de la discapacidad física de su primogénito, Henri, quien nació en 1864 en el castillo familiar de Albi. De niño, padeció una enfermedad de origen genético que atrofió su crecimiento. De aspecto desproporcionado, Henri de Toulouse-Lautrec apenas superó el metro cincuenta de estatura.

Como su hijo no podía dedicarse ni a la caza ni a la equitación, ni a otras actividades típicas de la aristocracia, el conde Alphonse nunca le prestó demasiada atención. La condesa, por contra, se centró en su hijo enfermizo y le animó a que practicara la pintura y el dibujo. En ambas disciplinas Toulouse-Lautrec encontró una fuente de satisfacción y una razón para vivir.

Cuando se emancipó, se instaló en París para dedicarse al arte. En una clásica actitud rebelde, renegando de sus orígenes, se especializó en plasmar los aspectos más turbios de la noche parisina. Sus temas habituales: el mundo de los burdeles y los cabarets, disgustaron a sus progenitores. Pero su madre estuvo siempre pendiente de él y fue quien lo acogió cuando, machacado por

el alcoholismo, abandonó París para morir poco después. Fue también ella la que impulsó, junto al marchante de Henri, el museo Toulouse-Lautrec, en el impresionante castillo de Albi.

Entre las obras allí expuestas destaca el hermoso retrato de la condesa, en vigorosos blancos, verdes y azules, que su hijo le hizo en 1883. Es una de las imágenes que forman parte del libro *40 Grandes artistas retratan a sus madres*, de la editorial Blume. Para Juliet Heslewood, su autora, este cuadro es una muestra del afecto que Toulouse-Lautrec sentía por su madre. Un sentimiento lógico, por una parte, pero que no siempre se da. De todos modos, esta historiadora del arte ha comprobado que, salvo contadas excepciones, “la buena relación con sus progenitoras es algo común en estos grandes creadores”. Ella se interesó por las madres de los pintores cuando se dio cuenta de que Gauguin y Van Gogh habían pintado a las suyas a partir de fotografías. “Inmediatamente me vino a la mente otro gran retrato materno, el de Whistler”, recuerda. “Y me lancé a buscar más.



Cézanne

Elizabeth Cézanne, 1868-1869. En la pintura *Muchacha al piano. Obertura Tannhäuser*, Paul Cézanne pintó a su hermana Marie tocando y a su madre, quien siempre le apoyó, en el sillón.

Toulouse-Lautrec

Condesa Alphonse de Toulouse-Lautrec, 1883. Fue ella quien animó a su hijo Henri, discapacitado físicamente, a practicar el dibujo y la pintura.

Durero



Barbara Dürer, 1514. Dürero hizo este dibujo de su madre unos meses antes de que ésta muriera, tras haber tenido 18 hijos, de los que sólo sobrevivieron tres.

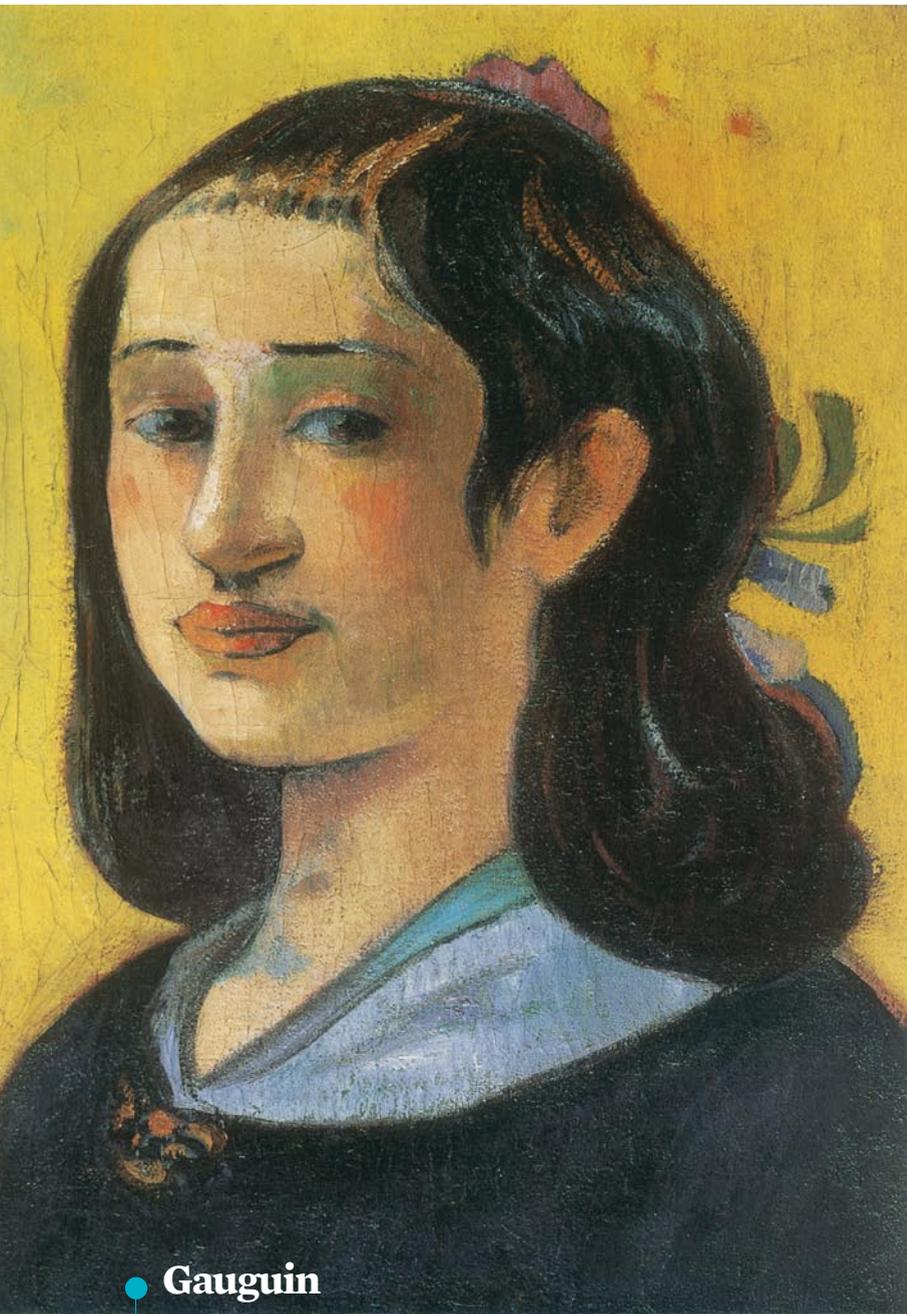
La búsqueda fue fructífera: la historia del arte, desde el siglo XV hasta el XXI, está salpicada de retratos maternos. “Muchos más que paternos – revela la autora del libro–. Supongo que se debía a que ellas tenían más disponibilidad para posar; ellos trabajaban y solían estar fuera de casa. Aunque, hay otro rasgo bastante común entre las madres de los artistas, y es que solían ser las que animaban a sus hijos en su carrera. Los padres, en general, querían que se dedicaran a profesiones más prácticas”.

Es difícil saber si este apoyo materno fue clave para el desarrollo del talento de los hijos. ¿Hubieran seguido adelante sin su ayuda? Para la psicóloga Mariana Guedes, el soporte materno no lo es todo, pero sí un elemento importantísimo. “El ser artista es el resultado del encadenamiento de diversos factores, que empiezan por una sensibilidad y creatividad propias”, explica.

En el arte desde el siglo XV al XXI abundan los retratos maternos, más que los paternos. Y las madres suelen animar a sus hijos en sus carreras

69 x 271 mm





Gauguin

Aline-Marie Gauguin, 1888. Paul Gauguin pintó este óleo con fondo amarillo a partir de una fotografía de juventud de su madre que siempre llevaba consigo.

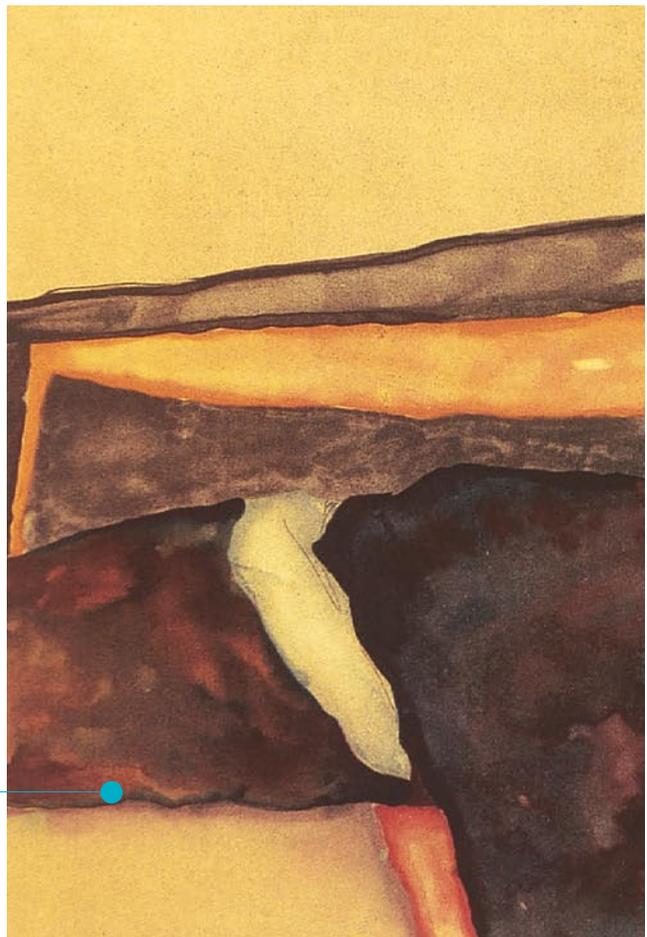
Marie Schiele, 1911. Egon Schiele plasmó a su madre durmiendo, en esta delicada acuarela. Pese a que tuvo una relación complicada con su progenitora, el lienzo transmite una sensación de paz.

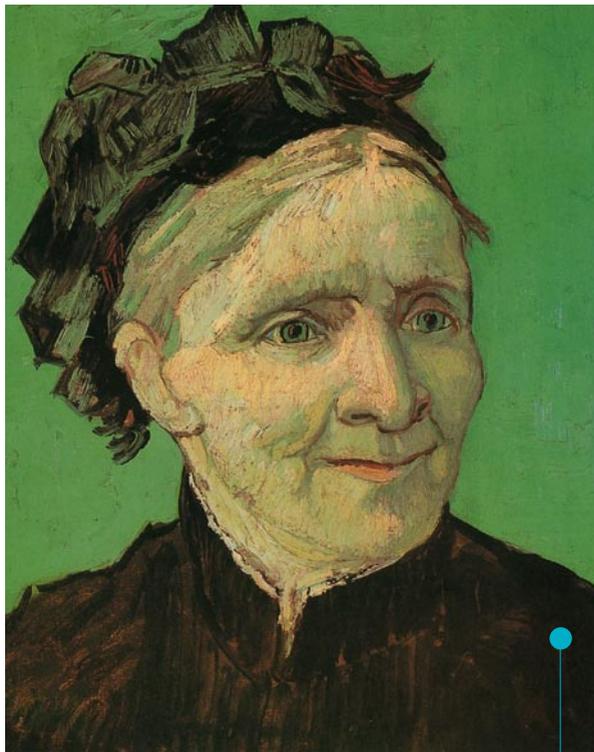
Schiele



Manet

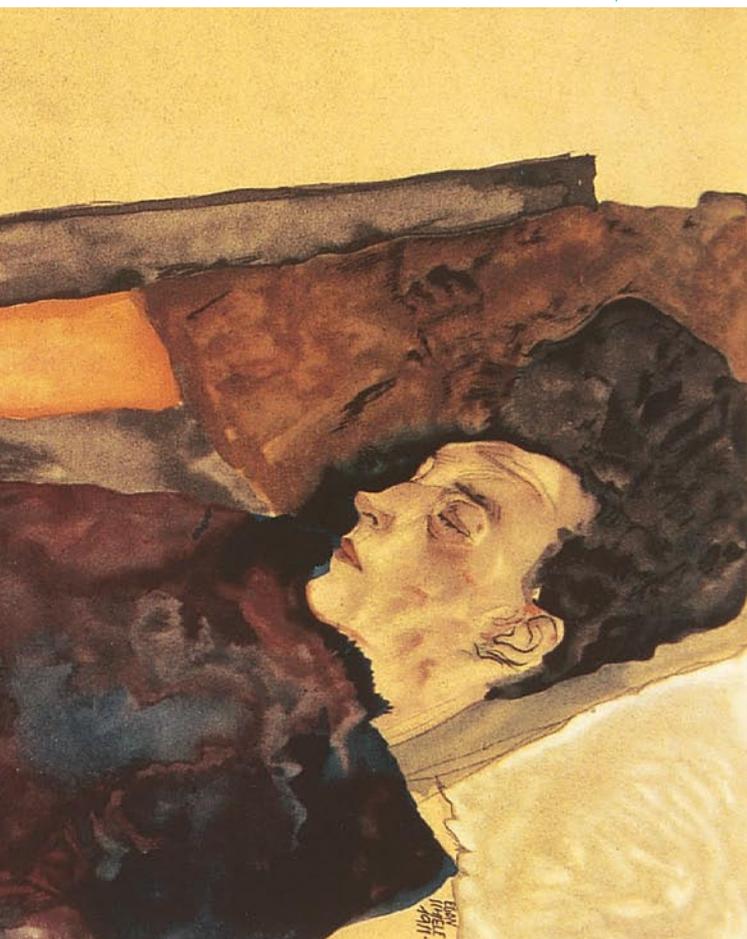
Eugénie-Désirée Manet (pintado entre 1863 y 1866). Mujer enérgica, muy relacionada con la casa real sueca, la madre de Édouard Manet reinó en los salones parisinos durante años.





Van Gogh

Anna-Cornelia Van Gogh-Carventus, 1888. El parecido de la señora Van Gogh con su hijo Vincent es innegable. El artista realizó este retrato en Arlés, un año antes de su muerte, y también a partir de una fotografía.



“Sin embargo –puntualiza esta especialista en psicología familiar–, el impulso para crear sólo tiene lugar cuándo el creador se toma a sí mismo como tal. Para esto juega un papel fundamental el hecho de que alguna figura significativa valide al futuro artista en sus inquietudes. Y por la excepcionalidad de su vínculo, la madre ha sido siempre la más privilegiada fuente de validación del individuo”.

Sin duda, esta complicidad también hizo que las madres fueran modelos muy populares. Tanto para Durero, quien inmortalizó a la suya en uno de sus carbonillos, en 1514, como para Picasso, quien además tomó de ella el apellido. Retrató a María Picasso en varias ocasiones pese a que, cuenta Heslewood, le incomodaba su aspecto físico por un detalle: María era muy baja y a su hijo le avergonzaba que al estar sentada los pies no le llegaran al suelo.

En general, las madres se pintaban cuando eran más mayores o se convertían en viudas. “Creo que esto implica

que a sus hijos les preocupaba esa nueva soledad y pasaban más tiempo con ellas”, opina Heslewood. No era raro, tampoco, plasmarlas en su lecho de muerte, algo que hicieron Cocteau, Pissarro y Lucien Freud. De hecho, este último empezó a pintar a su madre cuando ella enviudó y cayó en una depresión:

“Empecé a trabajar con mi madre porque perdió el interés en todo, incluyéndome a mí. Hasta entonces, siempre la había evitado porque era tan intuitiva que sentía que era una amenaza para mi privacidad”, explicó el pintor.

La adulación no está muy presente en los retratos de madres: las progenitoras se pintaron de una forma realista, sin esconder arrugas ni suavizar expresiones. Este realismo, sin embargo, no está exento de una gran dignidad. Incluso cuando duermen, como sucede en el retrato de Marie Schiele, de su hijo Egon, o forman parte de una escena bíblica, como en el óleo de Rembrandt *Tobías y Ana con el cabrito*. En especial en sus primeras obras, el genial holandés pintó a su madre en numerosas ocasiones, tanto impersonando a otros sujetos como siendo ella misma.

En el libro de Heslewood no faltan tampoco las pintoras. Como Frida Kahlo, quien pintó a toda la familia en *Mis abuelos, mis padres y yo*, y a su madre dándole a luz en el turbador óleo *Mi nacimiento*. Aunque Matilde Kahlo y su hija tuvieron una relación descrita como “ambivalente”, fue ella quien, cuando Frida sufrió un accidente que la tuvo en cama durante meses, le pidió a un carpintero que le preparase un caballete para que pudiera pintar.

En general, las madres se pintaban al envejecer o enviudar, lo que apunta a que entonces sus hijos pasaban más tiempo con ellas